

Lucía Lacarra, fotografiada en Baluarte el pasado 9 de abril, día en que acudió a Pamplona para presentar *Lost Letters*.

JESÚS CASO

“La danza me ofrece un desahogo emocional que la vida no me permite”

Lucía Lacarra Bailarina y directora del Lucía Lacarra Ballet

Estrella internacional del ballet, el 19 de mayo regresará a Baluarte con 'Lost Letters', el primer espectáculo de su recién creada compañía. Una historia de amor y guerra inspirada en las cartas que los soldados enviaban desde el frente

NEREA ALEJOS
Pamplona

A sus 49 años, Lucía Lacarra sigue en la cima de la danza, esta vez de la mano de su propia compañía, el Lucía Lacarra Ballet, creado con la idea de "aportar un grano de arena a la danza actual". En esta nueva etapa le acompaña el bailarín y coreógrafo canadiense Matthew Golding, con quien ha creado tres espectáculos: *Fordlandia*, *In the still of the night* y *Lost Letters*.

En esta nueva etapa tiene como pareja artística y personal a Matthew Golding. ¿Cómo se cono-

cieron?

Nos conocíamos desde el 2012, porque solíamos coincidir en galas. Yo bailaba con mi pareja y él con la suya. Fue en 2019 cuando nos encontramos en el Teatro Gasteig, en Múnich, que era donde yo vivía. Nos encontramos dentro del teatro y nos quedamos hablando hora y media. En aquel momento yo ya me había divorciado y tenía una hija, él también se había separado y tenía un hijo. Cuando nos pusimos a hablar de danza, empezaron a surgir muchas ideas.

¿Se dieron cuenta de que compartían inquietudes?

Sí. Yo llevaba mucho tiempo que-

riendo hacer algo más que solamente bailar. Yo había organizado varias galas, pero me faltaba el lado creativo. Y me encontré con Matt, que tenía millones de ideas. Él es la mente creativa del equipo. Matt es el soñador y yo soy la racional, la lógica. Siempre le digo: "Tú sueña, que yo intentaré hacerlo realidad". Primero empezamos a bailar juntos en el Ballet de Dortmund. Yo estuve 14 años en Múnich y en 2016 me fui al Ballet de Dortmund como artista invitada permanente. En 2019, mi expareja dejó de trabajar allí, entonces me hacía falta una pareja para bailar. A Matt también le cogieron en Dortmund y empezamos a trabajar allí los dos juntos, hasta que llegó la pandemia, cerraron el teatro y nos mandaron a casa. Matt se fue a Amsterdam y yo volví a Zumaia. Cuando nos confinaron, yo estaba en shock. Le llamé a Matt para contarle la situación y me dijo: "Pues vamos a crear un espectáculo". Para mí fue como agarrar-

me a un salvavidas.

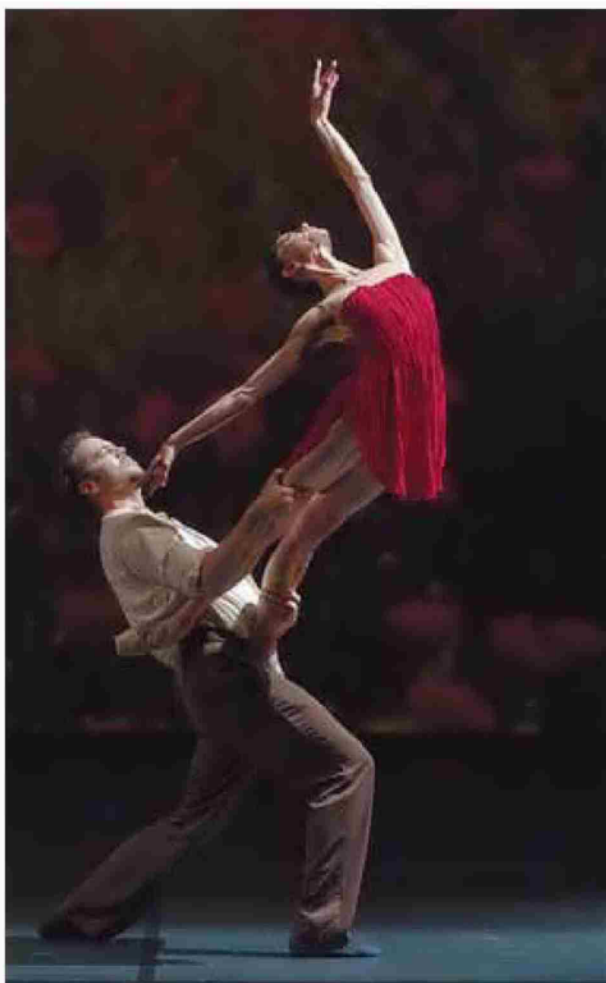
¿Qué surgió entonces?

Teníamos dos piezas de dos coreógrafos que nos interesaban mucho (Yuri Possokhov y Anna Hop), así que las cogimos y creamos un hilo conductor sobre la situación que estábamos viviendo, con una película grabada que demostrara esa separación, ese anhelo de reunirse otra vez y de volver a encontrarse en un escenario. Así surgió *Fordlandia*, el nombre de la ciudad utópica que Henry Ford creó en el Amazonas. Era su sueño, tener una ciudad, y nuestro sueño era crear un espectáculo y volver a bailar. Yo estaba confinada con mi hija de cinco años, y el proceso de creación de *Fordlandia* me ayudó a mantener la salud mental porque una puede hacerle hablar a Peppa Pig tantas horas al día (ríe). Yo necesitaba hacer algo para que mi mente pudiera respirar, así que empezamos a darle forma y en Dortmund se interesaron por este espectácu-

lo. Finalmente, *Fordlandia* se estrenó el 19 de septiembre. El espectáculo termina con *After the Rain*, la pieza que bailamos en la última gala que hicimos en Minsk, en Bielorrusia, justo antes del confinamiento. Para nosotros, bailar *After the Rain* significaba volver a nuestra vida de antes.

El 19 de mayo regresará a Baluarte con *Lost Letters*, donde comparte imágenes de su Zumaia natal. ¿Qué aporta esta atmósfera a la historia que se cuenta?

Es una atmósfera un poco melancólica, porque sabes que se va a producir esa separación... Hablamos de un conflicto bélico donde los hombres se marchan y no saben si van a volver. Queríamos reflejar esa atmósfera un poco gris, pesada, de qué es lo que nos viene encima. Estuvimos grabando en Zumaia en el mes de noviembre porque queríamos un cielo plomizo. Nos involucramos mucho en la historia. Cuando descubrí la carta que el artillero Frank Bracey le había enviado a su esposa durante la Primera Guerra Mundial, mi me emocionó particularmente.



Lucía Lacarra y Matthew Golding, en *Lost Letters*.

JESÚS VALLINAS

Pensé: "¿Qué hubiera ocurrido si esta carta no llega, qué hubiera hecho esta mujer, hubiera desistido completamente?". A mí siempre me ha gustado el lado emocional de la danza. Me encantaba tener que recrear o meterme dentro de la piel de un personaje que fuera muy diferente a mí misma, pero intentar comprender ese personaje, intentar comprender por qué esa mujer tomaba esa decisión o sentía eso. Cuando entiendes a ese personaje, puedes sentirlo dentro de ti.

¿En qué tipo de emociones ha buceado en *Lost Letters*?

En este personaje, sobre todo es la desesperación. Es ese momento donde pierdes ese último grano de esperanza que tienes. Siempre intentas agarrarte a algo, pero cuando no tienes ninguna señal, nada que te dé un sentimiento positivo, puede llegar ese momento donde de repente entras en un agujero negro donde la respuesta que tú ves para salir de ese dolor puede ser muy drástica.

¿Interpreta desde el dolor?

Sí, y me parece algo maravilloso. En la vida real siempre tenemos que ir contra ese dolor, tenemos que luchar contra el dramatizar las cosas, tenemos que ser prácticos, lógicos... Y a mí el escenario me ofrece hacer todo lo contrario: me ofrece poder sufrir por amor, suicidarme por amor, matar por amor... Lo he hecho todo y es como una liberación, un desahogo de poder gritar si te hace falta, llorar,

tirarte por los suelos... La danza me ofrece un desahogo emocional que la vida real no me permite.

Viene con su propia compañía, el Lucía Lacarra Ballet. ¿Qué le impulsó a dar este paso?

Es un riesgo muy grande, sobre todo cuando lo haces de forma privada, autoproduciéndolo todo. Creo que ha sido una evolución natural. Llevo encima del escenario desde que tengo 15 años, y mi objetivo siempre ha sido aprender, ponerme a prueba, salir fuera de la zona de confort. Me he movido de una compañía a otra porque quería experimentar y abarcar lo máximo de este mundo. Para mí la danza no es una profesión, es una forma de vida. Poco a poco me aca-

bé convirtiendo en mi propia manager. Nunca he tenido un agente, me he ocupado siempre de todo yo misma: de mis contratos, de mis invitaciones, de las galas... Cuando creé la productora Goldenlac con Matthew, me adentré en el mundo de la producción, fui aprendiendo de forma autodidacta. Siempre me ha gustado gestionar y organizar.

El Lucía Lacarra Ballet es una apuesta por el talento joven. ¿Cómo trabaja con los bailarines que forman parte de la compañía?

Desde que yo me fui de España, la situación de la danza no ha cambiado en todos estos años. Yo he querido aportar mi granito de arena. Esta es una compañía privada y de momento a mis bailarines no les puedo ofrecer un contrato anual. Son contratos por proyecto. Trabajando con los bailarines me doy cuenta de lo importante que es una buena base para luego evitar muchos problemas en el futuro, porque muchas veces un bailarín puede estar en una compañía donde le obligan a hacer ciertas cosas o le tratan de una manera que no es aceptable. Nosotros somos una compañía pequeña, formada por ocho bailarines, Matt y yo, así que podemos trabajar con ellos de una manera muy personalizada. Cada cuerpo necesita ser trabajado de una forma diferente. Por otro lado, tienes que conocerte bien: cuáles son tus pros, tus contras, lo que te gusta, lo que no te gusta, qué es lo mejor para ti...

¿Cómo ve el mundo de la danza?

Creo que se está perdiendo el alma de la danza. Hoy en día todo el mundo quiere llegar rápido y hacerse famoso con un vídeo viral. En esta carrera, lo importante no es llegar rápido, sino mantenerse. Los bailarines transmitimos emociones, y eso es lo que convierte esto en un arte.

Su maestro, Víctor Ullate, dijo que mantener una compañía de danza exige luchar contra viento y marea. ¿A usted también le está pasando?

Sí, porque las dificultades son constantes. En España, la cultura está muy condicionada por el apoyo político, que siempre es algo aleatorio, porque depende del partido de turno. Luego están las dificultades con los teatros, donde a veces te tienes que pelear por una bombilla.

Lleva más de treinta años bailando. Actualmente, ¿cómo trabaja para mantenerse?

Sigo trabajando igual que cuando tenía 20 años. Sigo haciendo la barra a fondo, el trabajo con las puntas... Aprovecho cada minuto de los ensayos. A la edad que tengo (49 años) todavía no sufro de nada, no me duele nada.

Habrás tenido sus momentos críticos...

He bailado con las costillas rotas, con un dedo del pie roto, con bronquitis y 38 grados de fiebre... Pero siempre lo digo y lo mantengo: mi última opción es cancelar.

■ *Lost Letters (Cartas perdidas)*. Domingo 19 de mayo en Baluarte. 20 horas. Entradas: 17, 27 y 38 euros.